

CXI.

»Y no menos al tiempo se parece
 Mi deseo de oír lo que contáres:
 ¿Que quién hay que de oír no se estremece
 Las Portuguesas obras singulares?
 No de nos tan lejano respaldece
 El claro sol, que á imaginar llegáres
 Que en Melinde tan ruda mente habemos,
 Que las grandes acciones no estimemos.»

CXII.

Embistieron soberbios los gigantes
 Con guerra desigual al cielo puro:
 Piritóo y Teseo, de ignorantes,
 A tentaron del Orco al reino oscuro:
 Si hechos hubo en el mundo tan sonantes,
 No menos es trabajo ilustre y duro
 Como fue el de embestir cielo y averno,
 El de arrojarse del mar el trance eterno.

CXIII.

Quemó el templo sagrado de Diana,
 Del hábil Tesifonio fabricado,
 Eróstrato, por ser de gente humana
 Conocido en el mundo y renombrado;
 Si pues por tales obras nos afana
 El deseo de un nombre aventajado,
 Más razon es que quiera eterna gloria
 Quien las hace tan dignas de memoria.

LOS LUSIADAS.

CANTO TERCERO.

ARGUMENTO DEL CANTO TERCERO.

Vasco de Gama hace al Rey de Melinde una estensa narracion, en que, despues de una sucinta descripcion geográfica de Europa, le cuenta el origen y principios del reino de Portugal, de sus Reyes (hasta D. Fernando) y de sus principales hechos: notable accion de Egas Moñiz: viene á Portugal la Reina doña Maria, esposa del Rey de Castilla é hija del de Portugal á pedir socorro contra los moros, que despues son vencidos en la batalla del Salado por las fuerzas reunidas de ambos reinos: amores y catástrofe de Inés de Castro: algunos sucesos de la época del Rey D. Fernando.

LOS LUSIADAS.

CANTO TERCERO.

I.

Agora tú, Calíope, me ilumina
Lo que discreto al Rey le contó Gama:
Inspira inmortal canto y voz divina
En el pecho mortal que tanto te ama:
Así el claro inventor de Medicina,
De quien pariste á Orfeo, ¡oh linda dama!
Nunca por Lencotóe, Dafne, y Clice,
Te niegue la señal de amor felice.

II.

Pón tú, Ninfa, tu ayuda en mi trabajo,
Cual merece la gente Lusitana:
Que vea y sepa el mundo que del Tajo
El Castalio licor bullente mana:
Deja el verdor del Pindo; que ya trajo
Para mí Febo el agua soberana:
Diré, si nó, que temes que merezca
Más que tu caro Orfeo, y le oscurezca.

;

III.

Fijos estaban todos aguardando
Lo que el sublime Gama contaría,
Cuando él, despues de un poco estar pensando,
Alzando la cabeza, así decia:
«Mándasme ¡oh Rey! que vaya relatando
De mi gente la audaz genealogía:
No me mandas contar estraña historia,
Mas de los míos alabar la gloria.

IV.

»De alabar gloria de otros el empleo
Cosa es que se acostumbra y se desea,
Mas la alabanza de los propios véo
Que se tendrá por sospechosa y fea;
Y, para tanto referirte, creo
Que cualquier largo tiempo corto sea:
Mas todo, pues lo mandas, se te debe,
Iré contra lo usado y seré breve.

V.

»Lo que tambien en esto más me obliga,
Es no poder mentir en mi relato;
Pues por mucho que de obras tales diga,
Aun dejaré por alabar ingrato.
Y porque bien el órden lleve y siga
De cuanto saber quieres, por un rato
Trataré antes de la vasta tierra,
Y contaré despues de la ímpia guerra.

VI.

»Entre la zona donde Cancro influye,
Meta setentrional del sol luciente,
Y aquella que por fria se rehuye
Tanto cual la del medio por ardiente,
Yace la altiva Europa, á quien circuye
Por la parte de Arturo y de Occidente
El Atlántico mar, de riesgos lleno,
Y por la Austral, más plácido, el Tirreno.

VII.

»Por el lado en que el dia nace blando,
Al Asia se avecina; mas el rio
Que del Riféo monte vá bajando
A la Méotis laguna corvo y frio,
Las divide y el mar que alto bramando
Sufrió del griego el vano poderío,
Que si de Troya ayer se vió triunfante,
Hoy vé tambien su ruina el navegante.

VIII.

»Allí dó más cercana está del polo,
Las Hiperbóreas cimas aparecen,
Y aquellas de dó siempre sopla Eólo,
Que de llevar su nombre se envanecen.
Aquí tan poca fuerza tiene Apolo
Con sus rayos, que apenas resplandecen:
Que la nieve perpetua es en los altos,
Y helados están mar, rios, y saltos.

IX.

»Aquí vive de Escitas gran cuantía,
Que en otros días sostuvieron guerra,
Sobre la humana antigua primacia,
Con los cultores de la Egiptia tierra:
Mas de eso á la verdad distancia habia
(¡La opinion de los hombres tanto yerra!)
Y el que juicio formar quiera más pleno,
Preguntar puede al campo Damasceno.

X.

»Tambien yacen por esta parte insana,
Yerta la Lapia, inculta la Noruega,
La Escandinava isla, que se ufana
De victorias que Italia no le niega;
Aquí mientras el invierno el mar no gana,
Congelando sus olas, se navega
Un brazo del Sarmático Oceano,
Por el Brusio, y Suecio, y por el Dano.

XI.

»Entre este mar y el Tánais, vive estraña
Gente: Ruténos, Moscos, y Libonios
(Sármatas otra edad), y en la montaña,
Hircios, los Marcomános (hoy Polonios),
Los que al Imperio sirven de Alemaña,
Sajones, y Bohemios, y Panonios;
Y otros pueblos que cuentan por su rio,
Amasis, Albis, ó Danubio frio.

XII.

»Entre el Istro remoto y claro estrecho,
Donde Héle dejó el nombre con la vida,
Están los Traces, de robusto pecho,
Patria del fiero Marte tan querida;
Que con Hemo y Rodope, por derecho,
Obedece al Sultan, que sometida
Tiene á Bizancio, que á servirle vino
Con injuria del grande Constantino.

XIII.

»Luego de Macedonia están las gentes
Á quien baña del Áxio la onda fria.
Y estais vosotras, tierras escelentes,
En costumbres, ingenio y osadía,
Que los foros creásteis elocuentes,
Y los vuelos del alta fantasía
Con que ¡oh Grecia! sublime en guerra y letras
Hasta los cielos con tu luz penetras.

XIV.

»El Dálmata es despues; y en el sereno
Cielo dó alzó Antenor muros flamantes,
En medio, y de los mares en el seno,
Soberbia está Venecia, humilde de antes.
Viene de tierra al mar brazo que, lleno
De vigor, sujetó pueblos distantes,
Brazo fuerte de gente sublimada
No menos en la ciencia que en la espada.

XV.

»Le cerca en torno el reino Neptunino,
 Con muros naturales de otra parte:
 Por el medio le corta el Apenino,
 Que hizo ilustre y famoso al patrio Marte.
 Mas despues que guardian tiene divino,
 Dejando antigua fuerza y bélico arte,
 Ha perdido el ardor y el poder loco;
 Que á la humildad de Dios le basta poco.

XVI.

»Despues se vé la Galia, que afamada
 Por la gloria de César fue en el mundo,
 Que del Secuana y Ródano es bañada,
 Y del Garumnio frio y Rhin profundo:
 De la ninfa Pirene, allí enterrada,
 Se alzan tambien los montes sin segundo,
 Que cuenta historia antigua que si ardieran,
 Rios de oro y de plata mil corrieran.

XVII.

»Luego tendida allí la noble España,
 Como cabeza de la Europa queda,
 En cuyo señorío y gloria estraña
 Cien vueltas de fortuna dió la rueda:
 Mas no será jamás que fuerza ó maña
 De la inconstante dominarla pueda;
 Que siempre ha de salvarla la osadía
 De los pechos magnánimos que cria.

XVIII.

»Frente de Tingitania está, y parece
 Que allí limita del Tirreno el vaso,
 Donde el sabido estrecho se ennoblece,
 Y el Tebano á las aguas abre paso.
 Con pueblos diferentes se engrandece,
 Cercada por el mar de Oriente á Ocaso,
 Todos de tal nobleza y valor tanta,
 Que cada cuál más noble se decanta.

XIX.

»Tiene al Tarraconés, que se hace claro
 Sujetando á Parténope la inquieta:
 Al Navarro, al Asturio que reparo
 Fuera ya contra el bárbaro Mahometa:
 Tiene al cáuto Gallego, al grande y raro
 Castellano, á quien hizo su planeta
 Que á España unificára, siendo silla,
 De Granada y Leon, Murcia y Castilla.

XX.

»Y vé aquí, como cima de la testa
 De toda Europa, al reino Lusitano,
 Dó se acaba la tierra, el mar se apresta
 Á dar reposo al sol en el Oceáno.
 El cielo quiso que en las armas esta
 Nacion exulte y lance al Mauritano
 De sus playas, y allá al África ardiente
 Vaya á seguirle y humillar su frente.

XXI.

»¡Esa es la dulce patria mia amada:
 Á la cual, si al traves de cielo opaco
 Logro volver, mi empresa ya acabada,
 Acabe allí conmigo el cuerpo flaco!
 ¡Esa es la Lusitania, nominada
 De Luso ó Lis, que del antiguo Baco
 Hijos fueron, parece, ó compañeros
 Y en ella entonces íncolas primero!

XXII.

»Á esta el cielo un pastor hizo que asome,
 Que en caudillo tornándose invencible,
 No halla en el mundo quien su frente dome,
 Pues ni á Roma lograrlo fue posible.
 Á esta aquel que sus propios hijos come,
 Por decreto de Dios siempre infalible,
 La dió formar del mundo insigne parte
 Y un gran reino crear; y fué de este arte:

XXIII.

»Un Rey llamado Alfonso hubo en España,
 Que movió al Sarraceno tanta guerra,
 Que por sangrientas armas, fuerza y maña
 Perder á muchos hizo vida y tierra.
 Volando de este Rey la gloria estraña
 Del Calpe hercúleo á la Caspiana sierra,
 Muchos, para en la lid esclarecerse,
 A la muerte y á él van á ofrecerse.

XXIV.

»Y del amor vivísimo encendidos
 De la Fe, más que de honras populares,
 Iban de varias tierras impelidos,
 Dejando el patrio suelo y propios lares;
 Y luego que en cien hechos distinguidos
 Ostentaron sus dotes militares,
 Quiso Alfonso inmortal que sus acciones
 Tuviesen digno premio en justos dones.

XXV.

»De estos á Enrique (dicen) que segundo
 Era de un Rey de Hungría denodado,
 Portugal tocó en suerte, que en el mundo
 No era entonces ilustre nipreciado;
 Y para más señal de amor profundo,
 Quiso el Rey Castellano que casado
 Con Teresa su hija el Conde fuese,
 Y con ella el dominio compartiese.

XXVI.

»Alcual (despues que contra el fruto odioso
 De Agar él solo á combatir se atreve,
 Tierra en torno ganando valeroso,
 Y haciendo lo que un pecho fuerte debe),
 De su piedad y amor, cual premio hermoso,
 Dióle benigno Dios, en tiempo breve,
 Un hijo que ilustrase el nombre, ufano,
 Del ya creciente reino Lusitano.

XXVII.

»Y despues de vencida la conquista
De la inmortal Jerusalem sagrada,
Y del claro Jordan la arena vista,
Que en sí de Dios la carne vió lavada,
Quando á Bullon no hay gente que resista,
Y Judea á su imperio es subyugada,
Y al cabo á sus Estados se volvieron
Muchos que en esa guerra le asistieron,

XXVIII.

»Al límite postrero de su vida
El húngaro famoso al fin llegado,
Dejó la ley de humanidad cumplida,
Dando el ánima á aquel que se la ha dado;
Y quedó la alta prole no crecida,
Siendo del padre ilustre fiel traslado;
Que á los fuertes más fuertes igualaba
Hijo cual de tal padre se esperaba.

XXIX.

»Mas refiere rumor, no sé si errado
(Que en tiempo tan antiguo no hay certeza),
Que allí la madre se apropió el Estado,
Y dobló á nuevo yugo la cabeza;
Y al huérfano dejó desheredado,
Sosteniendo que el rango y la riqueza
Del señorío entero suyo fuese,
Porque el padre al casarla se lo diese.

XXX.

»Y el gran príncipe Alfonso, que de ese arte
Del nombre de su abuelo se nomina,
Viendo que no en sus tierras tiene parte,
Pues con su esposo aquella las domina,
Hirviéndole en el alma el duro Marte,
Modo de conquistarlas imagina;
Y revolviendo afectos en el pecho,
Al propósito firme sigue el hecho.

XXXI.

»De Guimarens el suelo se teñia
Con sangre propia de intestina guerra,
Dó la madre, que tal no parecia,
Al hijo le negaba amor y tierra.
Ella al campo á afrontarle ya salia;
Y no ve su soberbia cuánto yerra,
Faltando aquel amor que Dios le mande,
Porque el suyo sensual era más grande.

XXXII.

»¡Oh Progne cruda! ¡Oh mágica Medea!
Si os vengáis en los propios hijos caros-
De la maldad paterna y culpa rea,
No podeis con Teresa aun igualaros.
Incontinencia vil, codicia fea,
La causa son de sus delitos raros:
Scila mata por una al viejo padre;
Por ambas contra el hijo va esta madre.

XXXIII.

»Ya el Príncipe glorioso á vencimiento
Al padrastro y la madre infiel llevaba;
Y el suelo le obedece en un momento
Que en contra suya há poco batallaba,
Cuando, al furor cediendo el sentimiento,
Entre cadenas á su madre ataba,
Que de Dios fue vengada en tiempo breve:
¡Tal respeto á los padres se les debe!

XXXIV.

»Ajúntase el soberbio castellano
Para vengar la injuria de Teresa
Contra el de gente escaso Lusitano
A quien ningun trabajo rinde ó pesa.
Mas su gran pecho, en el peligro insano
Ayudado de angélica promesa,
No solo contra tantos está entero,
Si no que ahuyenta al enemigo fiero.

XXXV.

»A breve tiempo de esto, el noble y fuerte
Príncipe en Guimarens está cercado
De infinito poder; que de esta suerte
Se rehizo el que fue de antes lanzado:
Mas porque se ha ofrecido á dura muerte
El fiel Égas Moñiz, se ve salvado;
Que sin rehen tan noble era perdido,
Segun al caso está mal prevenido.

XXXVI.

»Y aquel noble vasallo conociendo
Que no puede oponerse resistencia,
Al castellano váse, prometiendo
Que hará que su señor le dé obediencia.
Levanta el enemigo el cerco horrendo,
Fiado en la promesa y la conciencia
De Moñiz; mas del mozo no consiente
El corazon doblar á otro la frente.

XXXVII.

»Cuando el plazo há llegado prometido,
En que el Rey castellano no dudaba
Que el Príncipe á su mando sometido,
Le diese la obediencia que esperaba,
Quedó Moñiz por falso y fementido;
Y ante Castilla, que en su honor fiaba,
Determinóse á dar la dulce vida,
De la palabra, en cambio, no cumplida.

XXXVIII.

»Y con su esposa y con sus hijos parte
A levantar con ellos la fianza,
Descalzos y maltrechos, de tal arte,
Que más mueve á piedad, que no á venganza.
«Si es tu intento, gran Príncipe, vengarte
De mi estremada y tímida confianza,
Vé aquí (decia) que á traerte vengo
Por lo ofrecido lo mejor que tengo.

XXXIX.

»Traigo á tus pies las vidas inocentes
De los hijos sin culpa, y de la esposa;
Y si á pechos piadosos y valientes,
No satisface herir próle llorosa,
Vé aquí mi lengua y manos delincuentes:
Toda laya de muertes espantosa
Esperimenta en ellas, al estilo
De Scinis, y del toro de Perilo.»

XL.

»Como al pie del verdugo el condenado
Que si bien, vivo aun, —tragó la muerte,
Estiende la garganta, y ya postrado,
El golpe tan temido espera inerte,
Tal Moñiz, ante el Príncipe —irritado,
Dispuesto está tambien á cualquier suerte:
Mas en el Rey, que vé la insigne hazaña,
Puede en fin la piedad más que la saña.

XLI.

»¡Oh lealtad famosa Portuguesa
De vasallo que accion tan grande acaba!
¿Qué más el Persa aquel hizo en la empresa
En que boca y nariz al fierro daba?
Lo que al grande Darío tanto pesa,
Que suspirando veces mil clamaba,
Que á su Zopiro solo más quisiera,
Que á veinte Babilonias que rindiera.

XLII.

»Mas ya el Príncipe Alfonso se dirige
Con el Lusiana ejército dichoso
Contra el Moro que el blando suelo aun rige
De allá del limpio Tajo deleitoso.
Ya en el campo de Urique alza y erige
El estandarte Luso belicoso,
Y con número de armas tan pequeño,
Da frente al enemigo Sarraceno.»

XLIII.

»En ninguna otra cosa iba confiado,
Sino en el que los cielos dirigia;
Que tan corto era el pueblo bautizado,
Que Moros cien por cada Luso habia:
Y piensa todo juicio no exaltado,
Que es más temeridad que bizarría
Acometer el loco atrevimiento
De oponer un ginete á cada ciento.

XLIV.

»Son cinco Reyes moros los contrarios,
De los que el principal Ismar se llama,
Todos espertos en peligros varios
De guerra, dó se alcanza ilustre fama:
Armadas, cual sus nobles partidarios,
Damas van, como aquella insigne dama
Que con su lanza defendió á la gente
Que las aguas bebió del Simoente.

XLV.

»La matutina luz serena y fria
 Las estrellas del cielo ya apagaba,
 Cuando en la Cruz el hijo de María,
 Apareciendo á Alfonso, le animaba;
 Y él, adorando al que merced le hacia,
 De fe todo abrasado, así clamaba:
 «¡No á mí, Señor, que sé lo que hacer sueles,
 A los infieles id, á los infieles!»

XLVI.

»Con tal milagro inflámase el brioso
 Lusitano, y con ímpetu guerrera,
 Por su Rey natural alza al glorioso
 Príncipe que tan caro á todos era:
 Y al frente del contrario poderoso
 Sueltan la voz al aire y la bandera,
 Gritando en fuerte son: «Real, Real,
 Por Alfonso alto Rey de Portugal.»

XLVII.

»Cual de gritos y voces incitado,
 Por la montaña el rápido moloso
 Al toro embiste audaz, que está fiado
 En la fuerza del cuerno temeroso:
 Ora ataca á la oreja, ora al costado,
 Latiendo, más que fuerte, presuroso,
 Hasta que al fin prendido á la garganta,
 Del fiero bruto la cerviz quebranta:

XLVIII.

»Tal del Rey nuevo el ánimo encendido
 Por Dios y por el pueblo juntamente,
 Al bárbaro acomete apercebido
 Innumerable ejército potente.
 Y esos perros levantan su alarido
 De gritos: tocan arma, hierva gente,
 Arcos y lanzas toman, trompas suenan,
 Y con creciente son el aire atruenan.

XLIX.

»Como cuando una llama es encendida
 En los áridos campos (resoplando
 El sibilante Bóreas), y acrecida
 Del viento, las retamas va abrasando:
 La pastoril familia, que dormida
 En dulce sueño estaba, despertando
 Al estridor del fuego que ya ondea,
 Recoge el hato, huyendo hácia la aldea:

L.

»De ese arte el Moro atónito y turbado,
 Busca sin tino escudo ó coselete:
 Mas no huye, que espera confiado,
 Y avanza su belígero ginete:
 El Portugués le embiste denodado,
 Y por los pechos el lanzon le mete:
 Unos caen medio muertos de los potros,
 Y al Koran invocando espiran otros.

LI.

»Allí se ven encuentros desiguales,
 Por hacerse los dueños de alta sierra,
 Y furiosos correr los animales
 Que Neptuno brotar hizo á la tierra:
 Golpes fieros se dan, descomunales,
 Arde por todas partes la ímpia guerra;
 Y el Luso adarga, arnés, malla y coraza
 Abolla, raja, hiende, y ataraza.

LII.

»Por el campo sin dueño van saltando
 Brazos, piernas, cabezas sin sentido,
 Las entrañas en cuerpos palpitando
 Están de rostro helado, amortecido:
 Ya deja el campo el Sarraceno infando,
 Ya de sangre torrentes han corrido;
 Y el prado su color con ellos pierde,
 Tornado en carmesí, de jalde y verde.

LIII.

»Y vencedor se ostenta el Lusitano,
 Recogiendo el trofeo y presa rica;
 Y que ha roto y vencido al Moro hispano,
 Con su estancia tres dias certifica.
 Aquí pinta en su blanco escudo ufano
 Lo que victoria tan feliz publica:
 Cinco escudos, de azul color teñidos,
 Los cinco contarán Reyes vencidos.

LIV.

»Y en estos cinco pone aquellos treinta
 Dineros porque fué Jesus comprado,
 La memoria escribiendo en justa cuenta,
 De Aquel por quien se vió tan amparado:
 De cada uno en los cinco, cinco asienta,
 Y porque sea el número colmado,
 En forma tuya ¡oh Cruz que allí apareces!
 Los pone en el de en medio por dos veces.

LV.

»Pasado ya algun tiempo que ganada
 Era esta gran victoria, el Rey querido
 Vá á rendir á Leiria, que apresada
 De poco antes se vió por el vencido.
 Tambien con ella Arronches fue tomada,
 La fuerte; y la que siempre ilustre ha sido,
 Calabicastro, cuyo campo ameno
 Tú, limpio Tajo, riegas tan sereno.

LVI.

»A tan nobles ciudades sometidas,
 Junta Mafra tambien con duro brazo,
 Y de Lisa en las sierras atrevidas
 Rinde á la fria Cintra, en breve plazo:
 Cintra, dó las Nayádes escondidas
 En fuentes, van huyendo el dulce lazo
 Con que amor las enreda blandamente,
 Encendiendo en las aguas fuego ardiente.